



Se fue Fidel

PACO IGNACIO TAIBO II :: 29/11/2016

No puedo evitar fascinarme ante el Fidel encabronado con Jrushchov, mientras en las calles se grita Nikita, mariquita, lo que se da no se quita

Abandono La Habana pocas horas después de que se ha hecho pública la noticia de la muerte de Fidel Castro. Con los cubanos que converso encuentro una mezcla conocida, la he visto en Buenos Aires, cuando centenares de argentinos desfilaron ante el cadáver de Kirchner, o en la televisión venezolana a la muerte de Hugo Chávez.

La muerte del caudillo produce una sensación de desconcierto a la que seguirá una extraña nostalgia. En el avión hacia México fracaso en ordenar mis breves recuerdos personales y fracaso aún más tratando de hacer un balance político; son demasiadas cosas, el personaje ocupó durante demasiados años el centro del escenario y no con apariciones menores. Gracias a él, la pequeña isla de Cuba fue el centro del planeta muchas veces.

Son muchos Fideles, muchos momentos. ¿Cuál de ellos? ¿Todos?

El comandante poco menos que genial de la ofensiva final a mediados del 58, cuando diseña el cerco sobre Santiago y la ofensiva del *Che* en Las Villas, el tipo que con una docena de hombres en la Sierra Maestra declaró derrotada la dictadura. El gran estratega de la guerra de guerrillas, el sorprendente político que arma el frente único contra Batista y lo aísla hasta derrotarlo. El joven abogado, un encantador de serpientes, que es capaz de convencer a todos, amigos y enemigos, de que va en serio y que seduce al *Che*. El heredero de Julio Antonio Mella y Tony Guiteras que en pleno periodo de la *guerra fría* y la coexistencia pacífica es capaz de mantener durante años el apoyo a las guerras de liberación en América Latina.

¿Cuál de esos primeros? O me quedo con mi propio enfado burlón cuando lo veo en televisión anunciando que iba a dejar de fumar y arrojando el puro al suelo.

No puedo evitar fascinarme ante el Fidel encabronado con Jrushchov, tratando de que la crisis de los cohetes no deje a Cuba en medio de un conflicto que puede volverse nuclear, mientras en las calles se grita Nikita, mariquita, lo que se da no se quita.

Recuerdo cómo discutía el par de veces que estuvimos conversando. Fidel entonces medía 1.91 y traía gorrita de visera, yo no llego al 1.68 y el comandante me echaba el cuerpo encima hacia adelante para apoyar sus argumentos y era un discutidor potente, escuchaba pero no cedía. Hablábamos de la apertura que había en esos momentos en la prensa cubana y cómo debería ampliarse, yo sostenía la teoría del queso gruyere, donde por secretismo, o por censura autoprotectora, dejes un agujero, tus enemigos lo llenarán. Fidel defendía la teoría de un proceso, que podía ser rápido. El debate se quedaría en el aire porque la crisis soviética dejaría a la isla sin papel. Y caería sobre los cubanos el terrible periodo especial. Y algún día me gustaría ver la dimensión del fenómeno y cómo Fidel trató de enfrentarlo.

Pero me gustaría tantas cosas. ¿Saber qué opinaba sobre mi biografía del *Che*, porque cuando un periodista francés a la salida de la Feria del Libro de La Habana se lo preguntó, el comandante le dio como se dice en México el avión y le dijo que lo que sí había leído eran mis novelas policiacas, aunque yo sabía que ya se lo había leído. Y me gustaría explorar al personaje, el Fidel derrotado tras el fracaso de la zafra de los 10 millones que nunca fueron y la trampa del monocultivo.

Y mucho me gustaría meterme en la historia interior de la decisión de lanzar a la pequeña isla con todo en la defensa de Angola, en lo que probablemente sea la saga político militar más compleja que se ha producido en el siglo XX, desde el desembarco de Díaz Argüelles y un puñado de hombres (en agosto de 1975) hasta la batalla de Cuito Cuanavale a fines de 1987 y principios de 88, tantos años más tarde. El haber parado la ofensiva de los blindados sudafricanos y logrado la independencia de Namibia y como efecto de rebote el final del *apartheid* en Sudáfrica.

Y no me molesta la longitud de sus discursos, como el de la Segunda Declaración de La Habana, respondiendo a la gangsteril expulsión de Cuba de la OEA, del que nadie me ha podido precisar cuánto duró, pero admiro esa lección de heterodoxia política, que se plantea como parte de un gigantesco trabajo político de educación de multitudes.

Y me quedan las ganas de averiguar más sobre el misterioso número 1 de cuya vida privada se sabe tan poco, que se desconoce dónde duerme, que aparece, desaparece y reaparece por la isla. ¿Y podría ser diferente? Porque hay documentados más de 200 intentos de atentado contra él en esos años, desde la combinación entre la CIA y la mafia para hacerle envenenar sus puros, hasta hacerle llegar un helado de Copelia con arsénico, hasta atiborrar de ántrax las aletas con las que de vez en cuando hizo pesca submarina.

Fidel se ha ido y yo, como un cubano más, voy pasando de esa primera sensación de desconcierto a una suave nostalgia por ese personaje que marcó a tantos de nosotros en ese siglo XX que se aleja a velocidades inesperadas.

* *Escritor mexicano*
La Jornada

<https://www.lahaine.org/mundo.php/se-fue-fidel>